

Utópica distopía (Arianny Fermín)

“Violadas, abusadas, explotadas y ridiculizadas —inició tranquilamente a modo de introducción—. ¡Subestimadas, marginadas y esclavizadas! -exclamó con pasión, indignada, luego de una inexistente pausa-. Todo esto sufrimos las mujeres. Durante todos estos siglos en que la humanidad ha hecho presencia de su ser, las mujeres hemos sido consideradas el sexo débil. Consideradas objetos de entretenimiento. Sirvientas que deben venerar al varón. Pero todo esto cambió”.

Las luces enfocaron una caja de acrílico que contenía un objeto tan pequeño y tan imperceptible que debió ser transmitido en vivo por la enorme pantalla tras la menuda e imponente señora que con gracia feroz exponía.

“Desde la invención del **Instrumento de Control del Hombre Primitivo**, las mujeres somos libres de expresarnos como deseamos, desempeñarnos en el ámbito profesional que escojamos, recorrer las calles sin preocuparnos de ser atacadas. Decidimos sobre nuestros cuerpos, sobre nuestras vidas, nuestros futuros. Estudiamos lo que nos llama por vocación. Ejercemos el cargo político al que mejor estamos capacitadas”. Hizo una breve pausa, sustituyendo la violencia de sus palabras con un aire de profunda solemnidad:

“Muchos han sido los logros que hemos alcanzado: ya llevamos diez años sin ninguna señal de presunta guerra a nivel mundial; la tasa de homicidios ha disminuido considerablemente, principalmente por la casi total erradicación del femicidio. Este invento ha logrado no solo cambiar nuestras vidas, sino salvar a muchas otras. Nos ha dado la oportunidad que siempre hemos deseado: ser libres”. Hizo nuevamente una breve pausa, parecía estar desmenuzando sus próximas palabras.

Juntó sus manos y empezó a caminar lentamente por el escenario.

“El chip es implantado en el hipotálamo de cada sujeto del sexo masculino ya que este tiene un papel muy importante en la producción de las hormonas, controlando, en este caso, la libido. De este modo podemos permitirnos mantener en estado neutro su conducta sexual, la cual ha impulsado gran parte de las perversidades que el macho ha cometido. Pero esta no es la única función que el **ICHP** desempeña: Gracias al control de mando, que pueden adquirir en el centro de Libertad Femenina de su ciudad, pueden sincronizar su dispositivo con el chip solo con acercarlo en dirección a la zona posterior de la cabeza del hombre en cuestión para activarlo. Una vez sincronizados pueden, bien desactivar el microchip en el momento que ustedes desean, bien activarlo nuevamente sin limitaciones de ningún tipo. Del mismo modo, tienen la opción de enviar una señal que es traducida por el chip como una forma de corriente que provoca un sueño ligero para luego pasar a la fase de transición al sueño profundo. Así, si ven indicios de agresividad por parte del individuo en cuestión, o cualquier situación que se presente (como veo hoy a algunas en el público) -acompañó su comentario con una mueca cómplice recibiendo las risas del público; y enfatizó volviendo a su punto-, tienen la capacidad de inactivar la capacidad

cognitiva del sujeto y ponerlo a dormir. Sin embargo -se detuvo en seco dejando de gesticular-, hemos de saber de todas formas cómo defendernos. Los actos de las personas son totalmente inciertos; y bien digo personas porque no importa el sexo, la edad o cualquier otro factor intrínseco del ser humano que impida que este no cometa un acto infame...”.

Ya no podía seguir escuchando. Sentía que se me bajaba la tensión, o por lo menos el sudor frío que siempre le acompaña. La excesiva alegría que todos los individuos irradiaban, sin excepción de un alma humana, me ponía los pelos de punta. Había algo que no se sentía correcto, todo sonaba tan perfecto pero a la vez tan espeluznante. Sí es cierto que hemos vivido con menos violencia y más tranquilidad, pero no era natural. Tenía una esencia de primitividad; sentía como si volviésemos a la esclavitud y a la necesidad de subyugar por deseos de poder. No sé por qué no podía dejar de pensar que todo esto no era solo por nuestro bienestar.

Volví a enfocar la vista en la conferencia: la doctora se estaba despidiendo. Su gran sonrisa desapareció del escenario, ocupando su puesto una mueca entre nerviosa y emocionada de una rolliza joven de aspecto simpático.

“Un fuerte aplauso a la Dra. Coromoto Martínez, el genio detrás de tan gran invento que ha llevado nuestras vidas a otro nivel. Bien, como la doctora decía: tienen a su alcance en cada ciudad de cada país...”.

Tenía que salir de aquí, pero no quería llamar la atención; se supone que debería estar encantada y que debería desear saber dónde encontrar mi propio control. Sin embargo, me quedé. Me hallaba rodeada por varias mujeres y jovencitas con un hombre o un joven a su lado, pero estos no estaban realmente presentes: sentados contra el espaldar de sus asientos yacían dormidos, inmóviles, como autómatas. Tenían los ojos y la voluntad cerrados. Sus vidas encapsuladas en una aparentemente inofensiva microficha al alcance de un botón.